

# Sócrates

Beethoven  
Herrera  
Valencia\*



fue colocado en el índice de libros prohibidos, pero pocos niegan hoy que la vida ha evolucionado. Al otro lo llamó Lincoln para reconocer la libertad otorgada a los esclavos, y al menor lo llamó Asdrúbal, en recordación del cartaginés que se levantó contra la opresión romana.

En ese museo de recuerdos a mí me tocó llevar el nombre del músico, a quien mi padre quería homenajear por haber rasgado la dedicatoria hecha para Napoleón, una vez que este se coronó emperador.

Cuando llegó el verano 82, me escapé de mis estudios en Francia para asistir al Mundial de España

mi padre nombró Sócrates a mi hermano para homenajear a quien prefirió beber la cicuta antes que arrepentirse de sus enseñanzas a los jóvenes atenienses. A mi otro hermano lo nombró Galileo para reconocer su altivez ante la inquisición, que le ordenaba retractarse de la afirmación de que la tierra se movía. A otro hermano lo nombró Darwin, porque su libro

“**En plena dictadura, Corinthians salía a la cancha con pancartas que proclaman ‘queremos votar a nuestro presidente’.**”

82, en el que se anunciaba la apoteosis de Diego Maradona, pero salió expulsado por protestar ante la treintena de patadas alevés que le aplicó Claudio Gentile de Italia. Tras la eliminación de Argentina, todas las esperanzas se ci-

fraban en Brasil y en ese medio campo de ensueño formado por Falcao, Toninho Cerezo, Zico y Sócrates, dirigidos por Telê Santana.

Por desgracia la fragilidad de la defensa y del portero Waldir Peres y la torpeza del centrodelantero Serginho dejaban al equipo reducido al medio campo. Italia llegaba basada en escuálidos empates y Paolo Rossi reaparecía tras una suspensión por participar en apuestas. Con el empate 2-2 a 18 minutos del final, Brasil estaba clasificado, pero fiel a su espíritu siguió atacando y fue eliminado con el tercer gol de Rossi.

Todos los latinos lloramos en esa tragedia en el Estadio de Sarriá.

Sócrates había reclamado, en unión de Platini y Maradona, por los horarios de los partidos, programados en horas de mayor calor para atender los requerimientos de la televisión, y denunciaron a la Fifa por quedarse con las grandes utilidades que ellos generaban.

No era extraña esa conducta en Sócrates, médico de profesión, pues en el Corinthians habían establecido una democracia futbolística en la cual todos votaban (y el voto del utilero valía igual que el del presidente del Club), y

así consensuaban los horarios de entrenamientos, las alineaciones y reconocían libertad al jugador para su vida personal fuera del campo. Eso contrastaba mucho con las típicas concentraciones casi carcelarias, y fueron campeones en 1983 con la consigna de Sócrates “ganar o perder, pero siempre en democracia”.

En plena dictadura, Corinthians salía a la cancha con pancartas que proclamaban ‘queremos votar a nuestro presidente’.

Sócrates jugó con altivez su partido de la vida.

\*Profesor de las Universidades Nacional y Externado